institución política, en modo de ser íntimo y radical de la masa proletaria. Esa abyección fué tanto más profunda é irremediable, cuanto que había arraigado en los espíritus y estaba consagrada por las funciones mismas del alma nacional. Es de creerse que aquellas gentes que se doblegaban material y psíquicamente ante sus amos, tenían las diferencias de clases como cosa natural y preestablecida, semejante al calor y al frío, á la luz y á la obscuridad; como algo que dimanaba de la constitución íntima de los seres, como una regla incontrastable de la naturaleza.

No sabemos si los parias de la India tendrán vocabulario tan humilde como esos; pero consta sí que los ilotas de Esparta y los esclavos de Roma nunca llegaron á tal estado de envilecimiento.

Mientras el alma no se doblega y el pensamiento no se corrompe, aun puede aguardarse una reacción enérgica en los resortes íntimos de la conciencia, que termine con la redención de los oprimidos. Pero cuando las fuuciones mismas del espíritu se doblegan ante los hechos brutales y aceptan la dura ley de la tiranía, no hay ya la más leve esperanza de una evolución salvadora.

## II

Tal era la situación política y social en que se hallaba el Anáhuac, cuando, procedente de las regiones orientales y dando cuerpo á los sueños y supersticiones de Moctezuma, aportó Cortés á estas vírgenes comarcas al frente de algunos aventureros armados de hierro, cabalgando extraños



y nunca vistos animales y lanzando rayos, como hijos de Júpiter.

Dícese que el Valle de México contaba por entonces de ocho á diez millones de habitantes. Eso no obstante, aquellos extranjeros, valiéndose de la fuerza y de la astucia, lograron en poco tiempo echar por tierra el vasto imperio de Moctezuma, acabar con la nacionalidad mexicana y apoderarse no sólo del territorio de Anáhuac, sino también de otros señoríos y cacicazgos extensos y remotos.

Visible era en verdad la superioridad de los conquistadores sobre los incautos aborígenes. Dimanaba en parte de la pólvora, del hierro y del caballo, que los convertían en semidioses tonantes, exterminadores é invulnerables, y en parte de sus artes y astucias inventadas y sutilizadas en el mundo occidental, las cuales los elevaban psicológicamente sobre los indígenas, tanto como puede elevarse un arcángel sobre un hombre. Con todo, si el imperio azteca hubiese tenido suficiente cohesión, si no hubiese sido tan abrumadora la tiranía que pesaba sobre él, si no hubieran existido aquellas hondas rivalidades que separaban entre sí nación y nación, tribu y tribu y pueblo y pueblo, y, sobre todo, si el régimen opresor y degradante que pesaba sobre el país, hubiese dejado algo más de nervio en el carácter de los indios; habría sido imposible que novecientos europeos hubiesen logrado sojuzgar tan apretado conjunto de gentes y burlarse de tanto poderío oficial y de tan ostentoso despliegue de nativa grandeza.

A no ser por lo causa apuntada, no se explicaría satisfactoriamente que aquellas enormes masas de hombres se hubiesen dejado sujetar y

vencer por un puñado de invasores, y no hubiesen sepultado armas, caballos y caballeros intrusos, debajo de simples montones de piedras. Ni las bombardas, ni los mosquetes, ni las lanzas, ni las férreas armaduras hubiesen sido parte para evitar el desastre, al empuje tenaz de tantos millones de combatientes. Buena prueba de ello da la batalla de Otumba, en la cual fué un problema para los españoles, nada más que matar todo lo que había que matar. No combatían, sino inmolaban. Poco arriesgaban en la lucha, porque las piedras, los palos y los pedernales, resbalaban sobre sus vestiduras de hierro; pero el número de las víctimas era tan alto y era preciso herir tantas para llegar al fin de la sangrienta jornada, que hubo un momento en que el nervudo brazo de los sacrificadores se cansó y quedó desfallecido, impotente para seguir blandiendo lanza ó espada y continuar la monótona hecatombe. Sin el expediente de Cortés, de arremeter lanza en ristre contra el jefe de aquellas huestes desnudas y derribarle de las andas en que era condncido, allí, en aquel punto y hora, terminaran las hazañas de los castellanos, los trabajos de los aborígenes y las zozobras del menguado emperador azteca.

El grupo conquistador estaba como perdido en un mar humano. Con sólo que la multitud se hubiese estrechado, lo hubiera asfixiado entre sus ondas, como sucumbieron Laoconte y sus hijos, entre los apretados anillos de la serpiente. Mas aquellos soldados que cantaban y bailaban en medio del combate y se cabrían el rostro con máscaras horribles, ó con cabezas de tigres y leones para infundir espanto, eran unos combatientes infantiles. Podemos formarnos idea de ello,



por lo que pasa ahora con el ejército chino, que emplea los mismos procedimientos bélicos. Gritos, máscaras grotescas, bailes y farolillos sobre la cabeza, hacen de ellos una presa fácil para japoneses y europeos.

Pero los mexicanos no eran tímidos como los chinos, sino antes bien, valientes y briosos, como lo prueban acordes todos los relatos de la conquista. A pesar de su desnudez, de sus débiles armas y del terror que infundieron en su ánimo los desconocidos medios de exterminio de que los españoles disponían, hubiesen podido, repito, sofocar y aniquilar á Cortés y á sus hombres con su ciega abnegación y el peso de su masa, á no haber militado en su contra los vicios provenientes de su constitución nacional. El edificio incoherente y de partes mal unidas de aquel imperio, tenía que venir al suelo al menor empuje exterior. Al aparecer el extranjero, estallaron las rivalidades internas; las tribus enemigas, traicionando su raza, se aliaron con el conquistador en odio las unas de las otras; disgregóse prontamente el Estado, como atacado de podredumbre; y en medio de la anarquía general y de la confusión, el europeo, inteligente y audaz, logró sobreponerse á todos los elementos de resistencia, ora con las armas, ora por medio de la intriga.

La costumbre de obedecer, de sufrir y de morir, que había pasado en los pueblos indígenas á la categoría de necesidad constitutiva, contribuyó también á menguar el vigor de la defensa, porque los valientes mexicanos eran más aptos para morir que para matar, y, llevados de su tendencia pasiva, creían haberlo hecho todo, cuando hacían el sacrificio de sus vidas.

Cuahutemoc, prisionero de Cortés, lanza una

mirada codiciosa á la daga del vencedor, é invita á éste para que le quite la vida con ella, ya que no había sabido defender á su patria; y el mismo, más tarde, con los pies en el brasero, reprendía á su compañero de suplicio porque no sabía sufrir el dolor con estoicismo. «¿Crees que estoy en un deleite ó baño?» le decía.

Después de la caída de México, puede decirse que no hubo ya resistencia en Anáhuac. Novecientos españoles tomaron posesión del vasto imperio de Moctezuma y siguieron extendiéndose por dilatadas comarcas independientes. La últimá protesta armada contra la invasión extranjera, fué á realizarse al lejano cerro del Mixtón, donde perecieron más indios por inútil suicidio que por acometida briosa.

La indiferencia del indio al dolor y á la muerte, parece acusar sus lejanos orígenes étnicos. Sus padres putativos los asiáticos se manifiestan igualmente impasibles ante esos males. Así los chinos, aunque de escasa iniciativa para combatir, saben morir con extraña impasibilidad, una vez en manos del verdugo; y los japoneses, elevando el suicidio á institución nacional, aprovechan cualquier coyuntura para abrirse el vientre ó para degollarse.

Sea como fuere, en 1521 quedó España en posesión de las tierras conquistadas.

En aquellos momentos, no fué posible que los europeos formasen *a priori* un plan determinado para gobernar sus nuevos dominios. Recién venidos á estas regiones, poco conocedores de los idiomas nacionales, ignorantes de la historia del país y ajenos á sus tradiciones y costumbres, no era posible que ideasen desde luego un régimen en consonancia con los flamantes elementos que



tenían que ordenar y dirigir. Para eso necesitaban un examen minucioso y un conocimiento profundo de una multitud de causas y precedentes, y ellos, hábiles para el combate, carecían de las condiciones requeridas para desempeñar una labor tan delicada. Los misioneros se encargaron de llevarla á cabo: aprendieron los idiomas nativos, se mezclaron íntimamente con la población aborigen, descifraron los jeroglíficos, se instruyeron en la historia y estudiaron la mitología indígenas, observaron las costumbres populares y se penetraron de la índole y de la idiosincracia de los mexicanos. Y sus cartas, informes y crónicas, fueron los materiales que aprovecharon muy pronto los legisladores peninsulares para la expedición de su legislación colonial.

Entretanto se dictaban estas disposiciones, contentábanse los europeos con ir administrando las nuevas tierras conforme á las exigencias y á las circunstancias del momento.

El primer problema que se presentó á sus ojos, debe haber sido el de la población.

Para nosotros, es evidente que la idea del aniquilamiento de las razas autóctonas no cruzó jamás por la mente de los españoles. España, por aquel tiempo, tenía menos de doce millones de almas, y andaba comprometida en guerras y conquistas gigantescas por Europa y América. En tal virtud, hubiera sido insensatez de su parte pensar en la población del nuevo continente por su propia y exclusiva cuenta. Buena prueba de ello da el hecho de que en 1550, veintinueve años después de la toma de México, no haya habido más que 15,000 españoles dispersos por todos los países americanos recién conquistados. Aniquilar, pues, á los pueblos indígenas, hubiera sido para

los invasores, aparte de atroz salvajismo, torpeza inaudita; porque eso habría equivalido á convertir en inútiles y baldías las nuevas comarcas, por falta de brazos que las beneficiasen.

Por otra parte, no puede dudarse que consideraciones de humanidad y de altos ideales religiosos, hayan influido en el espíritu de un grupo selecto, para impedir el exterminio de las razas nativas. A eso contribuyeron principalmente los misioneros franciscanos y dominicos que vinieron con las primeras expediciones; los cuales, llenos de amor á los *pobrecitos indios*, los cubrieron con la cruz redentora y con el escudo de sus propios pechos para salvarlos de toda violencia, entretanto que iban murmurando á sus oídos el himno del amor y de la esperanza.

Así, pues, la horrible mortandad de indígenas efectuada al principio del régimen colonial por todo género de inhumanos tratamientos, debe atribuirse únicamente á la codicia y á la ignorancia de aquellos rudos aventureros. Los encomenderos que herraban y castigaban brutalmente á sus encomendados, que echaban pesos enormes sobre sus espaldas, que los sacaban bruscamente de las costas para hacerlos subir á la Mesa Central, y que los consagraban á mortíferos trabajos mineros, eran unos ignorantes que, al diezmar á la población aborigen, conspiraban, sin saberlo, contra sus propios intereses, matando la *gallina de los huevos de oro*. Violentos, rudos y ávidos de lucro, valíanse de aquellas pobres gentes, á quienes despreciaban, como de máquinas inconscientes; y así camiuaban á ciegas á la deshonra del nombre español y á la ruina del nuevo establecimiento. Por tanto, las medidas adoptadas por la metrópoli en defensa de los indios, cualquiera que sea



el espíritu que las haya inspirado, deben ser vistas como salvadoras de los intereses morales, históricos y económicos de España en América.

La palabra colonia aplicada á los establecimientos europeos fundados á raíz de la conquista, sólo por convención ha podido ser empleada, porqne colonia viene de *colonus*, cultivador, y los conquistadores no vinieron á poblar ni á cultivar estas tierras, sino á explotarlas por medio de la sujeción y del trabajo de los mismos nativos. «Las colonias, dice J. B. Say, son establecimientos formados en países lejanos, por una nación más antigua, llamada metrópoli. Cuando esta nación quiere extender sus relaciones á un país populoso, ya civilizado, y cuyo territorio no quiere invadir, se limita á establecer en él una factoría, un centro de negocios, donde sus empleados trafican conforme á las leyes del país, como lo han hecho los europeos en China y el Japón.» No correspondiendo la ocupación de las regiones americanas al tipo colonial criado por griegos y romanos, y delineado por Adam Smith, hay que admitir que fué únicamente la toma de posesión de un inmenso inmueble, la adquisición de una hacienda colosal para la corona de Castilla, sin más fundamento que la conquista, ni más mira ulterior que la religión y la gananeia.

En los momentos en que la Nueva España fué incorporada al patrimonio de los reyes católicos, no contaba, repetimos, la península ibérica con suficiente población para proveer á todas sus necesidades internas y externas. Por eso no pudo proporcionar sino escaso contingente para las empresas conquistadoras del Nuevo Mundo; por eso también, las nunca vistas hazañas que ilustraron el suelo americano, desde el Oregón hasta

la Patagonia durante el siglo XVI, fueron realizadas por reducidas huestes de valientes, que, sin arredrarse ante la enormidad de sus empresas, ni ante lo desconocido de las inmensas comarcas donde se perdían, ni ante el apretado número de los pueblos á cuyo seno se lanzaban, todo lo encomendaron á la fe en sí mismos, que engendra los héroes, y al empuje de su brazo, que hace los invencibles paladines.

Hay motivos para sospechar que la monarquía hispánica haya tenido alguna idea de la debilidad numérica de su población, cuando, en vez de alentar la emigración de sus súbditos á las regiones conquistadas, procuró obstruir con nimios requisitos y cortapisas el camino que á ellas conducía; si bien puede haberse mezclado con ese propósito conservador, una desconfianza suspicaz á la lealtad de los expatriados. Sea por una causa ó por otra, el hecho es que, en los momentos de realizarse la independencia de la Nueva España, no había en esta colonia, según cálculos de Humboldt y de Alamán, más de 70,000 peninsulares. Si se considera la extensión de estas comarcas, que llegaban desde las fronteras de Guatemala hasta Nuevo México, podrá fácilmente comprenderse cuán insignificante era aquel número de europeos, diluido en una población de seis millones de almas.

## III.

Hay que tomar en consideración esta circunstancia para comprender y juzgar el régimen adoptado por España en su gobierno colonial. A nuevo continente y gente nueva, nuevo sistema administrativo. Hubiera sido absurdo querer dirigir á las comunidades americanas como á las europeas. Las instituciones públicas son resultantes y concreciones de elementos derivados de la raza, del clima y de la historia de cada pueblo; de aquí la necesidad de aplicar á la masa indígena un procedimiento particular, que estuviese en consonancia con los factores de su propia vida.



Mucho se ha hablado de las Leyes de Indias. Pimentel hace de ellas un análisis detallado, imparcial y filosófico, acaso el más erudito y completo que en breves líneas haya sido hasta ahora formulado. De ese análisis resulta que la metrópoli procuró por medio de ellas, obtener la reducción de los indios á la fe católica, el respeto á su libertad personal, la conservación de sus gerarquías, el mantenimiento de sus propiedades comunes, el funcionamiento para ellos de tribunales especiales y la constitución de altas justicias que velasen por la intangibilidad de sus bienes y personas. Para que esa protección fuese más eficaz, apartó á los indígenas del peligroso trato con los europeos, prohibió á los clérigos abusar de la sencillez de los nativos, impidió á éstos vender sus bienes raíces fuera de almoneda, los exceptuó de diezmos, mandó que, llegado el caso, se les hiciese *guerra suave*, les disminuyó las penas cuando delincuentes y las aumentó para los que cometiesen delitos contra ellos.

Este sistema, imperfectamente reseñado, ha merecido calurosísimos elogios de muchos y severas censuras de no pocos. Aquellos le encuentran inspirado en los sentimientos más puros del cristianismo y de la caridad; éstos le objetan que, bajo el aspecto hipócrita de tendencias misericordiosas, ocultaba el propósito de mantener á los